



María Noel Curbelo Otegui

Doctorado en Antropología.

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación- Universidad de la República.
Montevideo, Uruguay.

ma.noelcurbelo@gmail.com

Un tour por tus caderas

Bailar reggaetón en un gimnasio femenino de Montevideo

Resumen

Este trabajo parte de una etnografía cuyo propósito es investigar los ensamblajes y complejidades en torno a las trayectorias corporales y el trabajo con las usuarias de un gimnasio femenino en un barrio popular de Montevideo.

Desde una metodología etnográfica analizamos y documentamos las prácticas de estas mujeres asistentes a clases de aeróbica y zumba del gimnasio indagando sobre sus vidas, sus trayectorias de trabajo, sus experiencias en torno a sus cuerpos, sus prácticas de cuidado y sus modos de significar la práctica de estas actividades en este gimnasio en particular.

A través de ello analizaremos los sentidos en torno a asistir a las clases de zumba donde el reggaetón es el estilo musical que prevalece y se vincula a una danza erótica.

Introducción

Esta investigación busca analizar los factores que median o transforman la tríada cuerpo-trayectorias- mujeres, en un gimnasio femenino de un barrio popular de Montevideo, a través del conocimiento directo donde la etnógrafa también asiste y practica clases de aeróbica y zumba en este espacio.

El universo de investigación lo constituyeron no sólo muchas de las mujeres que asisten al gimnasio femenino de un barrio popular del Oeste de Montevideo, sino también algunos de los profesores que allí dan clases, una mujer que tiene su sala de masajes allí y la dueña del lugar. Para este trabajo en particular, trabajamos con varias de las entrevistas que realicé a 18 mujeres y con los registros de campo de más de un año y medio de asistencia primero como mujer que va a clase de aeróbica y zumba, y luego a eso se le sumó la categoría de etnógrafa.

Nos preguntamos qué lugar tienen en esta actividad diaria, las dimensiones morales en torno al género como estructuras que configuran sus experiencias cotidianas con sus cuerpos y sus lógicas de cuidado domésticas, además de sus espacios laborales. Si es que, sea un gimnasio exclusivo para mujeres pueda colaborar o no en el involucramiento de mujeres que de otra forma no podrían estar siendo parte de trayectorias con moralidades de género tradicionales con roles definidos de mujeres cuidadoras y hombres proveedores.

En el gimnasio pudimos ver algunas cuestiones interesantes: a) la conformación de una importante red social de mujeres en su mayoría pertenecientes a lo que podemos llamar “clases populares”, b) el involucramiento de sus dimensiones de género y estéticas en juego con estereotipos de cómo debe ser un cuerpo femenino y, c) cómo se desarrolla eso con las prácticas de cuidado y formas de provisión que llevan adelante estas mujeres, en su mayoría madres y trabajadoras.

Consideraciones teórico- metodológicas

La entrada al campo es considerada desde que en febrero de 2021, comuniqué en el gimnasio del comienzo del trabajo etnográfico que no solo abarcaría la realización de entrevistas sobre las trayectorias de vida de quienes participan activamente de las actividades de gimnasio, sino también del trabajo de objetivación participante y de registro diario. El lugar privilegiado donde desarrollé el campo fue el gimnasio exceptuando algunas entrevistas que fueron realizadas en la casa de algunas interlocutoras quienes me invitaron a hacerlas allí o en el

camino juntas hacia el gimnasio. En todos estos espacios de llegada, clases, salida, esperar el ómnibus para volver a casa, reuniones y encuentros de festejos en el gimnasio, en casas y bares, esta etnografía ha integrado en forma constante el proceso de escritura con el trabajo de campo y considerada como enfoque, método y texto, ha intentado rescatar el sentido de los otros a los que se aproxima (Rockwell (2005).

Reflexionar sobre mi propio cuerpo, mi trayectoria de vida, mi ser considerado “joven” en un espacio habitado mayormente por mujeres que rondan los 40 años, siendo una de las excepciones en cuanto a trayectoria educativa y paso por estudios terciarios, sin hijos, feminista, entre otras transversalidades como mis consumos musicales, resultaron fundamentales para reflexionar en forma continua en este trabajo de campo. También debí girarme de mis propios ejes de clase media universitaria donde el feminismo torna ciertas verdades como absolutas, debí adoptar otras posiciones al tratar un género musical al que se le suelen atribuir prácticas heteronormativas de género donde a veces se ejercen violencias desde las letras, los videoclips y el propio baile exponiendo a las mujeres a un lugar de hipersexualización. Mari Luz Esteban (2004) nos ilumina al respecto cuando dice que “el cuerpo se convierte ahora en nudo de estructura y acción, y en centro de la reflexión social y antropológica” (Esteban, 2004: 19)

El propio proceso de trabajo de campo se fue co- construyendo y me fue co- construyendo también, atendiendo a las significaciones y saberes que las propias mujeres me fueron enseñando en las interlocuciones y el tiempo- espacio compartido en las propias clases. La reflexividad, siempre dialógica, también me llevó a verme en situaciones quizás “moralmente cuestionables” para otros sectores sociales donde la lucha a nivel simbólico por los derechos de género son igual de importantes que las luchas económicas. Después de cierto tiempo de asistir a las clases de zumba me vi gritando y “perreando¹” sin muchos cuestionamientos morales más que el compartir con mis interlocutoras y potenciales amigas, un espacio de cuidado mutuo donde se permite el erotismo y el baile sin tapujos. De hecho, estas características son festejadas y avaladas bajo el relato de que “este es nuestro espacio”, un relato de transgresión y resistencia, un pequeño respiro del mundo de moralidad fuertemente conservadora en torno al género donde viven y trabajan estas mujeres en su cotidianidad.

¹Bailar con movimientos sensuales de caderas y muslos hasta abajo, muchas veces quedando en una posición “perruna” de cuatro apoyos (pies y manos). Dice Alabarces al referirse al “perreo”: “danzar para seducir y ser seducido. Que los y las danzantes populares a lo largo y a lo ancho de América Latina –como dijimos, no podemos hacer hipótesis finlandesas– suspendan provisoriamente cualquier crítica de la racialización de la sexualidad en nuestro continente no significa, necesariamente, su alienación. Incluso, puede significar resistencia.” (Alabarces, 2020: 113)

Lindas y trabajadoras

Si bien las mujeres que asisten al gimnasio conforman un universo heterogéneo, podemos vincularlas con sectores medios y medios bajos, en su mayoría de barrios del Oeste de Montevideo y que oscilan entre los 35 y los 50 años. Unas pocas con trabajos formales (vinculados a la gastronomía, a cuidado de enfermos y atención al cliente en supermercados y farmacias). La mayoría sin educación secundaria completa y muy pocas con experiencias universitarias pero sí de especializaciones y tecnicaturas (como el caso de la dueña del gimnasio). Una gran mayoría hijas de padres obreros de la época fabril del barrio y la amplia mayoría con madres que fueron empleadas domésticas y amas de casa. Ellas también se encargan del trabajo doméstico de sus hogares. A esto, las clases de zumba y el baile de reggaetón en particular, tienen un sentido de resistencia y de “huida” de sus espacios domésticos de cuidado y crianza, así como también una fuerte apropiación de un espacio de cuidado y de su propia consideración de autonomía y erotismo.

Para estas mujeres, tener un trabajo estable y dentro de las normas vigentes de trabajo de empleadoras, resulta más bien una excepción y podemos ensayar algunos motivos: a) la dedicación de gran parte de su vida a la crianza de hijos y cuidado de ellos y familia, incluyendo otros parientes que no son hijos; b) una trayectoria de trabajos informales que hoy en día no son valorados en el mercado laboral sin la documentación que avale una especialización; c) una baja escolarización y temprano abandono de estudios; d) un clivaje etario que no les permite ingresar a un mercado laboral que exige disponibilidad y movilidad, cosas que muchas de estas mujeres no pueden sostener junto a sus obligaciones domésticas y de cuidado. A esto le sumamos un fuerte paso por una de las peores crisis del país, la de comienzos del 2000 que significó la pérdida de trabajo de muchos de los padres y abuelos de estas mujeres que debieron o migrar o emprender nuevos trabajos no siempre bajo la lógica formal. Son los varones quienes en este espacio social, salen de sus casas en busca de la provisión mientras que las mujeres quedaron y quedan más replegadas a los confines de lo doméstico. Las que trabajan lo hacen en trabajos esporádicos (limpiando casas ajenas, cuidando niños, haciendo trabajos de manicura y pedicura a domicilio, presentándose a llamados de precariedad) Teniendo la gran mayoría hijos y trayectorias de parejas (muchas de ellas violentas), estas mujeres salen de sus casas al gimnasio cuando “pueden dedicarse tiempo para ellas” y su presencia en el hogar no es considerado esencial ya sea porque los hijos crecieron y son más autónomos, ya sea porque establecieron con sus parejas o familias

que el gimnasio iba a ser la actividad diaria propia.

A continuación veremos algunas de las trayectorias laborales de estas mujeres.

Trayectorias laborales

Sabrina²

Sabrina es una mujer de casi 50 años que nació en la ruralidad de un pueblito del interior del país. Es la mayor de nueve hermanos a quienes se encargó de cuidar desde niños mientras su madre trabajaba como empleada doméstica. Su padre, proveedor también, murió cuando ella era niña así que a los trece años ya andaba trabajando cómo y dónde podía, para colaborar en la provisión brindada por su madre para todos.

Vivió su infancia cuando trabajar no estaba tan mal para ser una niña, aunque por ello tampoco cobraba y su trabajo diario era cuidar. A la escuela que fue iban pocos niños y como escuela rural, las clases no hacían diferencias de edades ni de grados así que Sabrina hizo muchas veces el último año hasta que la familia emprendió la primera mudanza hacia un pueblo que aseguraba un trabajo mayor para su madre. Esto llevó a que Sabrina tuviera que cuidar más y trabajar más. Así tuvo su primer trabajo de niñera, algo que venía haciendo hacía mucho y que no tenía aspiraciones de remuneración porque cuidar a sus hermanos era una obligación incuestionable.

En ese primer trabajo considerado así porque su fuerza tenía un valor monetario, se encargaba de cuidar a dos niños. Luego pasó a trabajar cuidando personas mayores.

Entre los cuidados de siempre hacia otros, Sabrina tuvo su primera hija a sus veinte años. Luego la segunda. Esos tiempos fueron de trabajo en el monte, juntando leña para vender a otros hogares y dar cuidado también. Juntar, acarrear, vender. Así lo hizo con su vida también cuando decidió que necesitaba un cambio: juntarse, acarrear y buscar cómo vender su fuerza de trabajo en la capital. El trabajo rural no se precisaba y anduvo intentando acomodarse sin referencias en la ciudad hasta que empezó a lavar platos y vasos en un restaurante y a seguir limpiando casas ajenas. De lavar en el restaurante pasó a ser ayudante de cocina y de limpiar casas pasó a ser parte de la familia en la que ya hace muchos años trabaja. Ahora solo se dedica a limpiar por hora en distintas casas.

El gimnasio es su fuente de energía y “el espacio en el mundo” donde se destapa.

²Todos los nombres de nuestras interlocutoras fueron cambiados.

Sara

Sara tiene 51 años y ha vivido toda su vida en el mismo barrio del gimnasio. Allí vive con su esposo y su hija adolescente. En la misma cuadra también viven sus hermanos, sobrinos y primos. Su familia es como una especie de “comunidad” me dice.

Sus padres también, nacidos y criados en esa misma cuadra y en la casa que hoy habita Sara y su familia. Cuatro generaciones en esa cuadra. El conocimiento del barrio además lo acrecenta que su padre fue jugador de fútbol y dueño de una de las panaderías del barrio donde Sara comenzó a trabajar desde niña también. Luego de que sus padres vendieran el negocio, Sara empezó a trabajar en inmobiliarias y en eso estuvo cerca de 20 años hasta que debió parar por una enfermedad. Cuando le hice la entrevista, Sara estaba contenta porque la habían llamado para un puesto en una inmobiliaria al que se había postulado. Deseaba volver a trabajar después de más de 5 años sin hacerlo y vivir del salario de su esposo transportista. Se había postulado a muchas ofertas laborales pero no había conseguido nada hasta ahora. “Ahora te exigen estudios y no se valora tanto la experiencia. Yo tengo más de 20 años de experiencia pero no tengo estudios, terminé el liceo nada más. Entonces vienen jovencitas como vos que tiene inglés, portugués, no sé qué y entran. Además ahora es todo con curriculum, no te ven la cara. La inmobiliaria de ahora me llamó y le expliqué todo lo que tenía y me dijo: empezás el lunes”. Bromeo con ella diciéndoles “que vuelve a las canchas” y me comenta que tuvo que comprarse ropa porque tenía todo deportivo: “pantalón de vestir, chaqueta y algo lindo” me dice.

Días después me cuenta que el trabajo no resultó: era por comisión y debía estar disponible muchas horas al día para que el salario le rindiera. Además, no le pagaban el transporte por lo que eso llevaría un gasto más que no podría tener ni compensaría el trabajo. “Era un trabajo para alguien joven, que tuviera tiempo para eso solamente, yo a esta altura no puedo tanto”

Mariana

Cuando Mariana tenía 12 años nació su hermana y eligió quedarse en su casa ayudando a su madre en las tareas domésticas abandonando el liceo donde recién se había anotado. Su padre era policía. Volvió a la secundaria cuando ya rondaba los 20 años, arrepentida de aquella adolescente decisión que fue acompañada por sus padres. A los pocos años ya tenía terminado hasta cuarto año. Se casó y se fueron a probar suerte con su esposo a Colombia, país en el que nunca pudieron trabajar. Para la crisis del 2002 ya se habían vuelto y ya tenían dos de sus hijas chicas. Su marido era quien sustentaba la casa y Mariana criaba y cuidaba a sus hijas.

Al tiempo decide terminar el liceo pero no consigue tener tiempo para trabajar con dos hijos

más que nacieron luego y con pocas posibilidades de que alguien los cuidara por ella. Ahora su niña más chica tiene 10 años y cierta autonomía que le permite a Mariana, ir al gimnasio y tener algún trabajo esporádico cuidando niños ajenos. Hace poco, deseosa de encontrar un trabajo, realizó un curso de auxiliar de farmacia pero a pesar de entregar muchos curriculum por varias farmacias y postularse a llamados, no ha conseguido trabajo. Su falta de experiencia la pone en un lugar aún más precario de las posibilidades. Aún teniendo las certificaciones, la edad aparece como otro signo de precariedad: “con la edad que tengo” me dice. Mariana tiene 47 años.

Daniela

Daniela hace un par de años tiene su propio puesto de alimentos en una feria y eso fue como un salvavidas a una depresión que parecía no irse nunca. Un día su padre y su hermano vinieron a proponerle el puestito y Daniela no había pensado en una mejor opción: sería los fines de semana cuando los nenes podían quedarse con una de las abuelas y entre semana se seguiría ocupando ella. Frutos secos, y quesos, mermeladas y dulces, miel, aceitunas, salamines.

Daniela es la hija del medio de cinco hermanos. Padre filetero y madre ama de casa, emigraron pasando sus sesenta años cuando él se quedó sin trabajo y las opciones eran pocas. Crisis del 2002. Daniela se quedó en Uruguay y tuvo a sus tres hijos hasta que ellos retornaron cuando nació la última. Retornaron otra vez, con la crisis europea y con una mano atrás y otra adelante. Quizás igual que como se fueron.

A Daniela, cursando el último año de secundaria, su padre le dijo que no podía pagar más sus boletos y ahí, debiendo dos materias para siempre, empieza el trayecto laboral que hoy devino en su puestito de la feria. Su novio entonces siguió estudiando y se hizo médico. En los nueve años de carrera, son varias las mujeres que acompañan estos estudios, que crían, cocinan, limpian, mantienen las casas propias y las ajenas. Daniela, su madre, su abuela, su suegra. En el mismo año que tienen su primer hijo, se casan. Luego vendrían dos hijos más.

Daniela se desespera por salir de casa y tener su propio dinero. El trabajo la ha mantenido sin ir a terapia, dice pero lo mismo que ganaba en el trabajo como empleada en un supermercado, era lo que le costaba el salario de una persona que le cuidara a sus hijos en su ausencia.

Ahí, apareció en Daniela el puestito. Primero se encargó del cobro en el puesto de frutas y verduras de su padre y hermano. Eso ya fue como “ver a Jesucristo resucitado” me dice riéndose. Y su padre, su hermano y hasta su hijo adolescente trabajando también con ella en el puesto grande hasta que a Daniela se le ocurre la idea de su propio puesto al lado con lo que

quería vender: con las semillas y los frutos secos, la miel y las pasas, la granola, el queso, los dulces. Los productos que vende también están vinculados a un camino corporal que ella emprendió también en el tiempo de comenzar a armar su puesto. La vida de Daniela también estuvo signada por su baja autoestima, su peso corporal y su sentirse inferior. Ir al gimnasio no fue una ida decidida, sino que, como tantas, la vergüenza de la constancia parece pesar igual que el propio cuerpo cuando se decidía a empezar. Pero un día, hace tres años, fue y no paró. No es la imagen, me dice, es sentirse bien. Y aunque el sentirse bien venga de la mano con la baja de su peso corporal y la tonificación de sus músculos, entiendo lo que me quiere decir. Yo también disfruté el momento que en mi cuerpo entró un jean³ que hace tiempo no usaba luego de meses de ir ese mismo gimnasio-espacio. No me fue indiferente sentir esa mini alegría y también sentir culpa por saberme hegemonía, saberme cuerpo aceptado, saberme exigencia y disciplina. Daniela ha bajado muchos kilos desde que empezó a ir al gimnasio con constancia diaria para mostrar el antes y el después. El después que es hoy. Entre esos dos tiempos para Daniela han pasado balanzas que mostraban menos kilos pero también su puesto grande y familiar, y el chiquito y propio.

Perrear y mostrar

Los trabajos etnográficos en gimnasios o vinculados a actividades deportivas son de un extenso e importante aporte. Desde el trabajo de Loic Wacquant (2006) en un club de boxeo, hasta todos los estudios sobre el fútbol en América Latina de Alabarces (2018), en Argentina de Garriga Zucal, gimnasios en particular (Rodríguez y Garriga, 2013), rugby y construcción de masculinidades (Branz, 2018), y recientemente sobre Runners y feminismos neoliberales (Hijós, 2021). En Uruguay, los aportes etnográficos han estado presentes también en las últimas décadas vinculados a estudios dentro de carreras como Educación Física que se han vinculado de forma directa con el quehacer etnográfico. Entre ellos, los trabajos de Bruno Mora, particularmente su investigación sobre deportes de combate (2018) y otros sobre fútbol junto a Rafael Bruno y Evelise Amgarten Quitzau (2022).

En torno al baile, es de una inmensa variedad los estudios etnográficos donde, sólo por nombrar algunos, se encuentra el trabajo de Carozzi sobre el tango (2015), la música electrónica (De Souza, 2006; Gallo, 2016) el cuarteto (Blázquez, 2014), la cumbia (Venturini,

³ Siguiendo la economía moral que plantea Sara Ahmed como aquella que da por bueno tener ciertos bienes que dan promesa de felicidad, el talle del jean que entra puede ser una medida de esta felicidad, talle heteronormativo, blanco y con privilegios de clase. (Ahmed, 2019)

2010), el rock y su pogo (Curbelo, 2014; Citro, 2008) y una etnografía de particular interés de Carolina Spataro (2010) sobre un club de fans de Ricardo Arjona en Argentina⁴, artista que ha sido cuestionado fuertemente por militantes feministas.⁵

En particular, los estudios que hemos encontrado en relación a la práctica de zumba han sido de índole médico y de mediciones de sus efectos sobre los cuerpos de las personas practicantes. En la etnografía pudimos observar, dialogar y percibir en el propio cuerpo investigador, que esta práctica excede las mediciones físicas y los cambios biológicos por sí solos, sino que es una práctica que tiene un gran nivel de colectividad en el baile, de erotismo como herramienta de transgresión y de fuerte concepción del espacio como propio. Para nuestras interlocutoras, los beneficios cardiovasculares de zumba ni siquiera son nombrados en nuestras conversaciones. Bailar reggaetón se percibe como un momento de disfrute compartido con otras, en un espacio alejado de la mirada masculina y donde se permite el “destape” erótico en tanto baile.

Consideramos que esto es uno de los elementos de aporte etnográfico: escuchar y experimentar el sentido que el universo de investigación le da a sus prácticas y estar ahí practicando con él, activar la voz nativa que solo se activa en el espacio etnográfico compartido y que excede las mediciones que una concepción de salud hegemónica (y necesaria también) puede brindarnos.

En las clases de zumba en las que trabajé de forma directa y participante, no sólo bailamos reggaetón sino otros considerados ritmos latinos como bachata, salsa, música brasileña y también cumbia y plena. En menor medida, también hemos bailado algunos temas del Trap, sugerido por Alabarces (2020) la próxima música popular que suplantaré al reggaetón.

Considerado como un momento festivo para muchas de nuestras interlocutoras, zumba se define como “un programa de ejercicio inspirado en la danza latina, practicado generalmente en grandes grupos de participantes, donde se combinan ritmos latinos y pasos de aerobio, con movimientos que involucran todo el cuerpo, creando una especie de coreografía que es menos formal que el ejercicio de otro tipo de clases” (Chavarrias, M., et al., 2018: 329)

Por sus particulares efectos sobre la salud, en una búsqueda por internet, los estudios alrededor de este ejercicio se basan en los aparentes beneficios que tendría su práctica entre los que se encuentran llegar a los 150 minutos de ejercicio cardiovascular a la semana

⁴ Agradezco especialmente al equipo docente del Seminario Dispositivos Socio- culturales Contemporáneos de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación- Universidad Nacional de La Plata (Edición 2021) que realicé de forma virtual y que no sólo me brindó bibliografía abundante sobre estos temas, sino que me hizo reflexionar en colectivo sobre la reflexividad y las maneras de hacer trabajo de campo.

⁵ Ver nota: <https://www.pagina12.com.ar/481625-te-haces-el-borges-y-sos-arjona>

recomendados por la Organización Mundial de la Salud (OMS). También se han medido la fuerza, la potencia y la flexibilidad lograda, además de un seguimiento de la presión arterial, la frecuencia cardíaca y el gasto calórico. Una singularidad importante es que se han incluido los aspectos psicológicos asegurando que su práctica mejora la percepciones sobre el propio cuerpo, la autonomía y los propósitos de la vida. (Chavarrías, M., et al., 2018)

Las mediciones de este estudio basan su revisión partiendo de una idea hegemónica de salud donde el ejercicio que llega a determinados valores, ya es considerado beneficioso⁶. En este trabajo entenderemos la salud siguiendo a Cameron Duff “como un estado particular de subjetividad encarnada que se forma o se produce en un assemblage de relaciones, afectos y eventos.” (Duff, 2014: 13)⁷ Esto implica que entendemos la práctica de zumba y bailar reggaetón, como una herramienta de “autoatención” (Romaní, 2002) de mujeres que no sólo ven en este ejercicio las medidas físicas que alcanzan o no según disposiciones hegemónicas de salud, sino también una atención particular a los beneficios de una sociabilidad compartida mediante el baile con otras mujeres en un espacio que consideran propio, lejos de los ámbitos domésticos, laborales, y de la mirada masculina (hegemónica) en particular con la que muchas veces deben lidiar en esos espacios también.

El caso de Mayra resulta interesante y en este fragmento de campo, la reflexividad también es elocuente. En mi propia trayectoria en el gimnasio y participando de las clases de zumba desde comienzos del año 2021, también encuentro en este espacio un lugar exento no sólo de la mirada masculinizante (que no solo tienen los varones heteronormativos) sino también de la mirada erótica ajena que moraliza un cuerpo que baila un ritmo con características sexuales y con estereotipos raciales. Ese cuerpo además, es el de una mujer.

A Mayra le encanta bailar reggaetón y yo bailo con ella dos horas por semana rodeada de otras tantas mujeres. Ninguna nombra ese estilo musical. La carga moral sobre él se invisibiliza hablando de cuánto gusta la salsa, la bachata y la música brasileña que parecen andar más livianos por la pista de baile de aspiraciones puritanas.

El sonido erótico de muchos pueblos. Sonido estereotipado. Erótico y racial.⁸ Racial y clasista. Sonido negro con aspiraciones a platinado⁹. Rodeada de espejos nos miramos televisivamente.

6 Para Laura Contrera, feminista y activista por la diversidad corporal y sexogenérica, hemos normalizado que la salud y la belleza sean sinónimos y que un logro del neoliberalismo es que “ya no necesita cuerpos dóciles disciplinados sino más bien recurre al propio deseo hecho norma de cuerpos adaptables, maleables y flexibles. Y quiméricamente bellos.” (Contrera en Chollet, 2020: 15)

7 “Health as a particular state of embodied subjectivity that is formed or produced in an assemblage of relations, affects and events.” (Duff, 2014: 13) [Traducción propia]

8 “Erotismo y danza, la danza como erotismo, el erotismo danzado” (Alabarces, 2020: 112)

9 La rubiedad es parte de lo que Mona Chollet llama “frenesí por la uniformidad”: “con las mujeres a la cabeza, busca acercarse lo más posible al modelo estético dominante. Frente a la dureza de un mundo entregado a la

Cuando bailamos, veo en el espejo las sonrisas de mis compañeras. Las veo fugaces porque yo también bailo y me río, y con el tiempo también empecé a decir algo, alto muy alto para que el reggaetón lo tome y se entremezcle con los sonidos del disfrute de todas. El salón como una cápsula de colores, de un tiempo definido en ritmo y un espacio de meneos hasta abajo en el cuadrado que ocupan nuestros cuerpos. Horas de desconexión. “Me encanta bailar y aunque tenga una hora de viaje hasta acá, lo vale” Dice Mayra que se siente más cómoda bailando entre mujeres porque en el anterior gimnasio donde iba “era todo un *macherío* que te estabas agachando y ya”. Y no termina la frase pero yo comprendo su gesto de baboseo. Acá no hay que andar disculpándose por perrear. No necesitó cartel de “espacio cuidado”. No hay impunidad de protocolos.

Estas “pequeñas¹⁰ subversiones al orden patriarcal” (Rostagnol, 2022: 14) también son relatadas por Sabrina, otra mujer que como Mayra, ronda los cuarenta años y las clases de zumba han significado una aproximación a su propia “liberación”, a una especie de *destape* no sólo emocional sino también material: el sacarse el buzo y bailar en top ha sido para Sabrina, uno de los momentos claves de su autodenominado “hallazgo de sí misma”.

Hay cosas (materiales) que también hacen cosas (emocionales) con nosotras y Sabrina me recuerda mucho estas experiencias. Cuando ella empezó a bailar, el lugar del fondo era el preferido, los pasos vergonzosos y la ropa toda puesta. No sabía si le embocaba en ninguna de esas cosas. Venía también, de tiempos malos de caminatas pensativas en solitario.

Tiempo después de empezar a bailar, se vio sacándose el buzo y quedando en top sin importarle el tamaño de sus brazos ni su panza ni su cuerpo. De a poco llegó al medio de la pista y después adelante. Un *destape* lo llama, como si hubiese abierto una caja que había encontrado en un rincón oculto de su vida. Cuántos cambios pueden acarrear hacer ciertas cosas con las cosas. La escucho a Sabrina y entiendo su percepción de autosuficiencia, su no deberle nada a nadie, su acarreo continuo en soledad. Entiendo la creencia en su propia voluntad en trabajar y cuidar desde niña, en mudarse a la ciudad, en sacarse la remera al bailar.¹¹

Sabrina me cuenta que el gimnasio es su psicólogo y de lo mucho que le gustaría ser instructora de zumba para dar clases de ese baile fitness a personas mayores y también a personas con otras capacidades. No puede costearlo tampoco y últimamente no está pudiendo llegar a las clases: tiene

competencia, este modelo se presenta como un horizonte seguro, que valora y busca alcanzar la delgadez, la juventud y la mayor blancura posible.” (Chollet, 2020: 225) Los tratamientos para la rubiedad del pelo son parte de esta búsqueda de la blanquitud impuesta.

10 Lo de “pequeñas” es relativo. Como vemos en este trabajo, el significado de estas subversiones para estas mujeres pueden ser inmenso e influyente en variados ámbitos de sus vidas.

11 Este idea de liberación femenina acompañada de liberarse de prendas de ropa me lleva a pensar en las mujeres iraníes que recientemente han comenzado a manifestarse en lo público quitándose el hijab (velo) en protesta por el asesinato de una mujer por parte de la policía justificada en que no acató la “ley del pañuelo en la cabeza”. Otra clara asociación de esto es la de las mujeres que en manifestaciones ante la hegemonía patriarcal, se descubren los senos, práctica también asociada a la liberación femenina.

una nueva casa de familia que limpiar y queda lejos, allá donde jamás Sabrina podría sacarse la remera.

En una exploración etnográfica con usuarios y usuarias de drogas de síntesis en fiestas electrónicas de Montevideo (Suárez et al, 2015), pudimos observar que existe una transgresión de los estereotipos que ligan estética- género y sexualidad en tanto se da una “exacerbación de la sensualidad mediante la combinación entre música y drogas”, combinación que es determinada por el poder adquisitivo que debe tenerse para *estar in*. Es decir, participar en estas fiestas de forma completa e inmersiva. Las transgresiones de género se visualizan en vínculo a ciertas drogas de síntesis con características químicas que propician los encuentros eróticos como el éxtasis, también considerada la “droga del amor”. En esta investigación, nuestros interlocutores nos hablaban de la armonía de estas fiestas, lo que Nuria Romo (2004) en su investigación en España destacó como efecto de una “distribución equitativa de poder entre los sexos”.

Reggaeton y reflexividad

En un estudio de carácter estilístico sobre el reggaetón como producción musical, se destaca como un estilo que “despierta tanto simpatía gracias a su carácterailable como rechazo por su ritmo repetitivo, argumento que sus detractores emplean para señalar una supuesta falta de originalidad.” (Arias, 2020) Este rechazo es traído también por una investigación argentina de corte etnográfico donde se buscó comprender los efectos en las “narrativas identitarias” que la escucha femenina del reggaetón tiene sobre muchas mujeres interpelando el estigma de “música mediocre, misógina y/o de ‘mala calidad’, con la realidad que nos revelan sus calles: donde sea que vayamos suena un reggaetón.” (Agüero, 01: 2021)

En mi investigación para obtener mi título de grado en Antropología, estudié algunos de los discursos y representaciones en torno al rock en Montevideo en vinculación con también participantes de otros géneros musicales como la cumbia, conocida en su alteridad a lo rockero. Al igual que con el reggaetón, allí vimos que la cumbia es percibida por sus “otros musicales” como algo básico y musicalmente pobre. Además, tiene el estigma de ser la música de lo popular. Considerada como apolítica, sin ideología y sin discurso necesario para el cambio social, la cumbia es traída por Venturini (2010) como un espacio sólo de goce y no de transgresión como lo serían los espacios sociales de otro género como el rock (Curbelo,

2014) Miguel García plantea el término “paradigma estético” para referirse al conjunto de atributos que, basados en una alianza afectiva e ideológica con un espacio musical determinado, sustentan los juicios de valor emitidos hacia “otros musicales” (García, 2007).

¿Cómo incide en las mujeres del gimnasio las prácticas de zumba y sus consumos musicales de reggaeton en sus vidas y en sus ámbitos privados? Interpelar el sentido común y las prescripciones de cómo debe ser el gusto musical y cómo debe ser un ser feminista, son dos de las cuestiones cruciales de esta investigación.

Al ser un gimnasio de acceso sólo para mujeres, no sabemos si en nuestro universo esta equidad se daría en la práctica, pero sí pudimos observar cómo en el sentido que estas mujeres le dan a la práctica de bailar este particular tipo de baile, encierra para ellas ciertas transgresiones de género. Además, al igual que con el trabajo etnográfico de Carolina Spataro (2010) con un club de fans de Ricardo Arjona en Argentina, no sabemos las medidas de resistencia a ser madres cuidadoras y trabajadoras, tienen estos espacios del gimnasio en sus propios espacios domésticos. El trabajo de Spataro plantea al respecto que la atribución de un efecto es a posteriori. La investigadora ve entonces a la etnografía como necesaria para ver el sentido que estas mujeres le ponen a sus escuchas de Arjona y plantea los límites de las ciencias sociales para ver esto dejando de lado cierto “deber progresista”. ¿Qué sucede cuando estudiamos objetos “incómodos”? Incómodos para el feminismo pero incómodos también para la academia y para ciertos espacios que prescriben escuchas y objetos de investigación. Arjona es puesto en ridículo pero también su público: como un parámetro universal del gusto se les critica estética e ideológicamente. Con el reggaetón y su baile, sucede algo similar.

Otros cuerpos, otras resistencias

En un estudio etnográfico previo y con un universo de investigación inmerso en la violencia institucional que se hace cuerpo en las personas como lo es el de mujeres privadas de libertad en una cárcel de Montevideo (Mesa, 2018), la autora nos trae los cortes autoinfligidos como una manera de disminuir la angustia de la “cana” donde el cuerpo femenino se convierte en una marca hacia el afuera, excepto la cara donde “no hay nadie”. En las mujeres del gimnasio, el cuerpo se transforma en espacio para “moldear” y presentarlo ante lo público donde la mirada externa se vuelve también fundamental aunque se esperan más halagos luego de un fuerte proceso de adelgazamiento o de musculación, y no el fuerte estigma que excluye a las

mujeres que salen de la cárcel con cortes en su cuerpo siendo fuertemente cuestionadas en tanto mujeres madres cuidadoras. “Si no podés con tu propio cuerpo, ¿cómo vas a cuidar y poder con el cuerpo de otros como por ejemplo, tus hijos?”

El acceso a pagar la cuota del gimnasio, la ropa deportiva, las dietas para adelgazar, el acceso a ciertos alimentos, son cuestiones que interceptan no sólo la capacidad económica de las mujeres sino también, la disponibilidad para hacer de esto una experiencia diaria.

En la investigación previa en el barrio cercano al gimnasio sobre modos de provisión, también pudimos compartir momentos con mujeres que no tenían la posibilidad de proveerse de estas cuestiones y eso no significa que las concepciones sobre el cuerpo y sus posibilidades, así como la idea de “cuidado” que reproduce patrones hegemónicos, no interpelen sus configuraciones en torno a sus cuerpos y la posición social.

En el gimnasio relucen en las paredes los mensajes de superación: vos podés, sacrificio, sudor, éxito, "bajar la pancita" "bajar la pizza, el chivito doble, las cervezas" grita la profesora cuando vamos cada vez más rápido subiendo y bajando del *step* mientras escuchamos un reggaeton motivador. Las redes sociales son también, las paredes hablando del gimnasio.

Discursos que se reafirman en los cuerpos de las mujeres a quienes se nos exige mucho más la delgadez y la belleza.

En la tarde llego al gimnasio y las chicas conversan sobre sus nuevos tratamientos en el pelo. Dos de ellas asumen que se han teñido el pelo color champán¹² (como dice el Mago en uno de sus tangos) porque es el color que se usa. Me pregunto cuánto cuestan estos tratamientos, en tiempo, en dinero, en disponibilidad.

Si en clases medias y medio-bajas, hay mujeres que pueden costear los gastos del gimnasio y tienen la disponibilidad de hacerlo, mujeres de clases bajas y muy bajas podrían no tener la posibilidad de involucrarse no sólo por la materialidad que eso implica, sino porque también hay cierta moralidad de género que reafirma que la mujer pertenece al ámbito de lo doméstico y que su rol marcado es seguir siendo cuidadora y jefa de hogar.

En otra investigación sobre prácticas de mujeres en encuentros heterosexuales, Oyhantcabal (2022) trabaja cómo los contextos influyen en las relaciones sexuales con varones en la búsqueda del placer femenino. Esta especie de reparación se equipara a lo que la autora trae como “justicia erótica”: “término que nos habla de una articulación de dos derechos: el

12 “La construcción de la feminidad está íntimamente ligada al pelo. En la Edad Media, las delincuentes sexuales eran castigadas públicamente con la imposición de un corte de cabello público. Quizás queríamos demostrarles que sin el pelo no eran nada, que su poder de seducción y su condición de mujer pendían de un hilo: sólo de unos pelos.” (Daphné, 2022: 171) Y agrega la autora: “la belleza normativa es un marcador socioeconómico” (Daphné, 2022: 173)

derecho al placer sexual y el derecho a la protección contra la violencia sexual” (Oyhantcabal, 2022: 20) Con comportamientos sexuales que se tornan “transgresores”, dice la autora que estas mujeres actuarían de forma de recuperar el goce perdido en los encuentros íntimos con varones en un contexto patriarcal. Sin embargo, las mujeres con quienes trabaja la autora, corresponden a lo que llama “un espectro muy específico de mujeres uruguayas: blancas, estudiantes o profesionales, de clase media y con un capital simbólico destacable” (Oyhantcabal, 2022: 39) Son mujeres con trayectorias y redes particulares que hacen posible estas transgresiones en un ámbito como el de las parejas. Para contextos más empobrecidos, la pareja se vuelve parte de una “economía moral” que sostener (Zigon, 2013)

Algunas consideraciones finales

Los casos que vimos más arriba de Sara y Mariana son interesantes para mostrar un aspecto de la precariedad laboral que atraviesan muchas de estas mujeres cuando buscan trabajo en la actualidad: Sara tiene toda una trayectoria laboral propicia para trabajar en el rubro en el que lo hizo durante 20 años, pero no tiene certificaciones que la avalen; Mariana, no tiene experiencia pero sí la formación educativa y los cursos necesarios para validar su ingreso a un puesto laboral. En ambos casos, rondar los 50 años supone una desventaja y que ambas se conviertan en mujeres no válidas para el mercado laboral.

Tanto Sara como Mariana, terminan dependiendo de la provisión de sus maridos: ambos con puestos tradicionalmente masculinos (transportista y marino mercante)

En el caso de Sabrina, cuando vivía en el interior, el trabajo rural de épocas de vendimia y de leña era su provisión y la de su familia. Al venir a la ciudad se encontró con que esas labores no eran solicitadas, por lo que los trabajos de empleada doméstica fue la opción que mantuvo hasta ahora, yendo de casa en casa y trabajando por hora para cobrar un salario más o menos acorde por mes. En el caso de Daniela, el puesto de alimentos en la feria supuso una salida laboral importante auto denominándose ella como “emprendedora” parte de lo que podríamos llamar “empoderamiento empresarial” (Tenenbaum, 2019). Este emprendimiento fue posible también por el puesto de su padre y hermano, y por la primera inversión de su marido para comenzar. Fue provista, otra vez, por los varones de la familia.

También pudimos ver una especie de “empoderamiento físico” donde gran cantidad de mujeres salen de sus espacios domésticos y de trabajo para un lugar que les es propio, ajeno a

la presencia masculina sobre sus cuerpos pero inmersas en un relato de autosuperación donde “con voluntad podés lograr el cuerpo terso, joven, flaco y suave que deseamos”.

Aún logrando tener espacios de “justicia erótica”, de “empoderamientos” y de “destape”, la discusión se ampliaría. ¿Desaparecen con ese amor los estándares de belleza y el cuerpo esculpido? ¿La precariedad laboral para estas mujeres con baja escolarización y trayectorias laborales domésticos y de cuidado de otros? ¿Cuestionan o reafirman los modelos hegemónicos de roles de género? ¿Quiénes pueden y cómo tener prácticas transgresoras a estos modelos?

Son preguntas que animan a continuar investigando.

Bibliografía

Agüero, I. S. B. Sentirse bichota sin salir del bloque. Una aproximación a la escucha femenina de reggaetón y sus efectos en la construcción de narrativas identitarias.

Ahmed, S. (2019) *La promesa de la felicidad: Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Buenos Aires: Caja Negra.

Alabarces, P. (2018). *Historia mínima del fútbol en América Latina*. El Colegio de Mexico AC.

Alabarces, P. (2020). Pospopulares. *Las culturas populares después de la hibridación*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales (CALAS).

Blázquez, Gustavo. 2014. ¡ Bailaló! Género, raza y erotismo en el Cuarteto Cordobés. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Gorla.

Branz, J. B. (2018). *Machos de verdad. Masculinidad, Deporte y Clase en Argentina: Una etnografía sobre hombres de sectores dominantes que juegan al rugby*. Malisia.

Cámara, G. C. (2019). *La virgen cabeza*. Literatura Random House.

Carozzi, M. J. (2019). *Aquí se baila el tango: Una etnografía de las milongas porteñas*. Siglo XXI Editores.

Chavarrias, M., Carlos-Vivas, J., & Pérez-Gómez, J. (2018). BENEFICIOS PARA LA SALUD DE ZUMBA: UNA REVISIÓN SISTEMÁTICA. *Journal of Sport & Health Research*, 10(3).

Chollet, M. (2020). *Belleza fatal*. EDICIONES B.

Citro, S. (2008) El rock como un ritual adolescente. Transgresión y realismo grotesco en los

- recitales de Bersuit. Barcelona: TRANS Revista Transcultural de Música, julio, número 012.
- Curbelo (2014) Implacable Rocanrol. Una aproximación etnográfica a los discursos, prácticas y representaciones en torno al rock en el Montevideo actual.
- Daphné B. (2022) Maquillada. Ensayo sobre el mundo y sus sombras. Traducción: Cecilia Pavón. Buenos Aires: Editorial Blatt y Ríos.
- Duff, C. (2014). *Assemblages of health: Deleuze's empiricism and the ethology of life*. Springer.
- Esteban, Mari Luz. (2004) Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Gallo, G. M. (2016). Libertades coreografiadas: palabras habladas, comunicaciones corporales y códigos en pistas dance de la ciudad de Buenos Aires. *Estudios sociológicos*, 34(100), 41-64.
- García, Miguel. (2007) El rock argentino en clave académica. En I Congreso Latinoamericano de Formación Académica en Música Popular. Abordaje de la Música Popular en el ámbito Académico: conflictos, debates, aportes, dicotomías, opiniones, sugerencias, experiencias, expectativas, logros. Villa María, Córdoba. Argentina. 16, 17, 18 y 19 de mayo de 2007. Obtenido en Noviembre de 2012 de http://webnueva.unvm.edu.ar/webs/congresomusical/Conferencias/03-Miguel_Garc%C3%ADa_Equipo.pdf
- Garriga Zucal, J. A., & Levoratti, A. (2017). Etnografía, “deporte” y Políticas Públicas. ¿ Para qué sirve el enfoque etnográfico?.
- Hijós, N. (2021) Runners. Una Etnografía en una plataforma de entrenamiento de Nike. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Mesa, S. (2018). Bocas que (no) gritan: cuerpo y violencia en la cárcel de mujeres. *Encuentros Uruguayos*, 11(2), 138-157.
- Mora Pereyra, B. (2018). De ir a cazar dragones te salen escamas.
- Mora, B., Mogni, R. B., & Quitzau, E. A. (2022). DaMatta y la transformación del fútbol en objeto de estudio: aportes para el caso uruguayo. *Conexões*, 20, e022012-e022012.
- Oyhantcabal, M.(2022) “Nos acostamos, vamos a coger. Reflexiones, negociaciones y revisiones de prácticas y encuentros heterosexuales” en Rostagnol (comp.) Temas que incomodan. Abordajes al cuerpo, el género y la sexualidad desde la antropología feminista. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.
- Rockwell, Elsie (2005) “Reflexiones sobre el trabajo etnográfico” en La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos. Buenos Aires, Paidós.

Rodríguez, A. D., & Garriga Zucal, J. (2013). Haciendo fierros en el boulevard: una aproximación etnográfica al interior de los gimnasios porteños.

Romaní, O. (2002) “Criterios de prevención: un debate necesario” en Hopenhayn, M (comp.) Prevenir en drogas: enfoques integrales y contextos culturales para alimentar buenas prácticas. Santiago de Chile: Naciones Unidas, CEPAL ECLAC, División de desarrollo social SERIE Políticas sociales 61.

Romo Áviles, Nuria. (2004) “Tecno y baile. Mitos y realidades de las diferencias de género”. Revista de estudios de juventud, nro.64, Instituto de la Juventud, Madrid (pp. 111-116)

Rostagnol S. (2022) Temas que incomodan. Abordajes al cuerpo, el género y la sexualidad desde la antropología feminista. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

Salvado, M. A. (2020). Rasgos estilísticos del reggaetón mainstream, una aproximación desde la producción musical. *Etno: Cuadernos de Etnomusicología*, 15(2), 130-156.

Suárez, S. C., & Rossal, M. (Eds.). (2015). *Viajes sintéticos: estudios sobre uso de drogas de síntesis en el Uruguay contemporáneo*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

Spataro, C. (2010). Sexualidades, Cuerpos e Historias de Amor en la Música Romántica: configuración de identidades de género en un club de fans de Ricardo Arjona. *Cadernos do Tempo Presente*, (01).

Tenembaum, T. (2019) *El fin del amor*. Buenos Aires: Paidós.

Venturini, J. (2010) “Entre pipas Nike y cumbia villera. Hacia la comprensión de la identidad plancha desde la industria de la moda y la industria musical.” Obtenido el 1 de Mayo de 2012, de <http://eva.fhuce.edu.uy/course/view.php?id=9>

Wacquant, L. J. (2006). *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Zigon, J. (2013) On love: Remaking moral subjectivity in post-rehabilitation Russia. *American Ethnologist*, n.º 40 (1)